



Madre Teresa de Calcuta y *Gaudium et Spes*, hacia el encuentro con la humanidad de Dios

MIGUEL A. ALACID

JUAN JOSÉ VILLEGAS

Instituto Teológico San Fulgencio

Murcia

Resumen: Cristo se convierte en el centro de la vida, la obra y la espiritualidad de Madre Teresa de Calcuta a partir del encuentro de esta, con la sed de Jesús en la cruz. Esta sed revela, para la santa de Calcuta, el anhelo ardiente de amor que el Hijo de Dios vive en medio del sufrimiento. Al mismo tiempo, para poder reflexionar sobre la Iglesia, el Concilio Vaticano II tomará este mismo camino convirtiendo el cristocentrismo en la clave de interpretación de el fundamento, el camino y la misión de la Iglesia. Esta vuelta a Cristo supone hacer presente la cercanía de Dios con los hombres y, por tanto, la necesaria cercanía de la Iglesia con el mundo. Esta renovación que aporta el Vaticano II, y que ya comenzó a vivir Madre Teresa en las calles de Calcuta, está revelada en los evangelios, que lejos de presentarnos al Dios lejano de los filósofos, nos revelan a un Dios cercano y apasionado de amor.

Palabras clave: Madre Teresa de Calcuta, Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, humanidad y divinidad, amor, *Tengo sed*, pobres.

Abstract: Christ becomes the center of the life, work and spirituality of Mother Teresa of Calcutta from her encounter with the thirst of Jesus on the cross. This thirst reveals, for the saint of Calcutta, the ardent longing for love that the Son of God lives in the midst of suffering. At the same time, in order

to reflect on the Church, the Vatican Council II will take this same path, converting Christocentrism into the key to interpreting the foundation, path and mission of the Church. This return to Christ means making present the closeness of God with men and, therefore, the necessary closeness of the Church with the world. This renewal that Vatican II brings, and that Mother Teresa already began to live in the streets of Calcutta, is revealed in the Gospels, which far from introducing us to the distant God of the philosophers, reveal to us a God who is close and passionate about love.

Keywords: Mother Teresa of Calcutta, Vatican Council II, Gaudium et spes, humanity and divinity, love, I thirst, poor.

INTRODUCCIÓN

La receta que se redactó en el Concilio Vaticano II, sobre el papel de la Iglesia en el mundo actual, ya se cocinaba en distintos lugares del mundo gracias a la presencia de cristianos concretos y en su mayoría anónimos que, con su vida y su quehacer cotidiano, encarnaban la ambiciosa reforma que la Iglesia pretendió universalizar con el Concilio Vaticano II. Uno de aquellos lugares era la ciudad de Calcuta en la India, y la protagonista, en este caso, fue una pequeña mujer de origen albanés que ya llevaba más de la mitad de su vida en la capital de la región de Bengala, cuando el 25 de enero de 1959 el papa Juan XXIII, para sorpresa de todos, convocó el Concilio.

Cuando profundizamos en la vida, la espiritualidad y la obra de Madre Teresa de Calcuta descubrimos cómo el encuentro personal con Jesucristo transformó su vida. Este encuentro propició que, en cierto modo, Madre Teresa se adelantara a la profunda renovación que se produciría en el seno de la Iglesia. Desde su contacto con el dolor y el sufrimiento humano, con la miseria y la muerte en las calles de Calcuta, ella comprendió que ese dolor no era ajeno a Dios.

Madre Teresa descubrió la presencia de Dios en medio de los atribulados, en medio de los más pobres de entre los pobres, como ella solía expresar. Por ello, dedicó su vida a amar y servir a Cristo, presente en cada uno de los últimos de la sociedad, al tiempo que permanecía inmersa en una intensa vida de oración. Madre Teresa estaba llevando a la praxis, sin ser consciente de ello, la renovación que el Espíritu Santo gestaría en la Iglesia con el Concilio Vaticano II a partir de 1962.

Este breve artículo pretende poner en valor y analizar, en la medida de lo posible, la estrecha simbiosis entre la vida de Madre Teresa y la *primavera espiritual* que trajo consigo el Concilio Vaticano II, centrándonos especialmente

en la relevancia que la figura de Cristo adquiere para la Iglesia y para la vida de Madre Teresa. El cristocentrismo se convierte en el eje alrededor del cual se desarrolla la teología conciliar, al tiempo que, para Madre Teresa, su cristocentrismo es el motor que mueve su espiritualidad, su obra de servicio a los pobres y su labor como fundadora de las Misioneras de la Caridad.

Pretendiendo establecer ese paralelismo que une a Madre Teresa con la cristología del Concilio Vaticano II, ofreceremos un esquema tripartito, a través del cual, procuraremos acercarnos, por un lado, al encuentro personal de Madre Teresa con Jesús y, por otro, al cristocentrismo del Vaticano II centrándonos principalmente, en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*¹; al tiempo, que ofrecemos un somero estudio exegético de la parábola del Buen Samaritano que nos ayudará a comprender la importancia de las dos experiencias de praxis y ortodoxia, que se dan cita en este artículo.

1. JESÚS Y MADRE TERESA DE CALCUTA. UN ENCUENTRO DE AMOR

Las palabras que Madre Teresa solía usar cuando le preguntaban sobre quién era Jesús para ella, evidenciaban la profundidad de su relación con Él:

«Para mí, Jesús es mi Dios. Jesús es mi Esposo. Jesús es mi Vida. Jesús es mi único Amor. Jesús es mi Todo en Todo. Jesús lo es Todo Para mí»².

La relación de Madre Teresa con Jesucristo llenaba toda su vida; lejos de ser un concepto lejano o una imagen en la pared, el Dios hecho carne fue una realidad absoluta, una persona concreta que transformó su existencia. Este encuentro personal se desarrolló en un acercamiento paulatino que comenzó en la niñez y que la acompañó durante toda su vida en distintas fases; no obstante, en esta relación personal y de encuentro, se dieron momentos claves, como el

1 Concilio Vaticano II, «Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual», 7 de diciembre de 1965, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html. (en adelante citada como GS)

2 Madre Teresa, *Donde hay amor, está Dios: el camino a una íntima unión con Dios y un mayor amor por los demás*, ed. Brian Kolodiejchuk (Barcelona: Planeta, 2012), 43. (se respetan las mayúsculas originales con las que Madre Teresa escribió esta frase)

voto privado de 1942³ y, especialmente, su encuentro con la sed del crucificado el 10 de septiembre de 1946⁴.

El amor a Jesús fue creciendo dentro de Teresa empujándola a buscar nuevas formas de expresar esa pasión que llenaba su corazón. En 1942, cerca de cumplir los 32 años y cuando ya llevaba varios años de profesión religiosa con votos perpetuos, Madre Teresa, en su deseo de «amar a Jesús como nunca antes había sido amado», quiso hacer una «locura de amor» que tomó forma en un voto privado con el que expresar su amor a Jesús adquiriendo el compromiso de no negarle nunca nada de lo que le pudiera pedir. Como ella misma contó en una carta privada:

«Hice un voto a Dios, obligándome bajo [pena de] pecado mortal, a dar a Dios todo lo que me pidiera, a no negarle nada»⁵.

Este voto, fue uno de los secretos más guardados de la santa de Calcuta, su revelación después de su muerte ha confirmado la altura a la que ya en aquellos años había llegado su mística unión con Jesucristo; verdaderamente ella se sentía esposa amada, y amante entregada a su esposo Jesús. Como en el caso de los grandes místicos carmelitas, el amor humano y divino parecen fundirse en un abrazo, que no permite distinguirlos, amor de Teresa por Jesús y el de Jesús por ella se han encontrado, en una experiencia espiritual que llena el corazón de la santa de Calcuta y condiciona cada rincón de su vida cotidiana.

El voto privado se convertiría así en el motor de la espiritualidad de Teresa que propició un encuentro de amor todavía mayor cuatro años después. El 10 de septiembre de 1946, mientras viajaba en aquel tren camino de su retiro en la ciudad de Darjeeling, Madre Teresa de Calcuta tuvo el encuentro que cambió su vida, el encuentro con Cristo en el Calvario, que exhausto hasta el extremo todavía tiene fuerzas para clamar: ¡Tengo Sed! (Jn 19, 28).

No conocemos la forma exacta en la que se produjo este encuentro íntimo, que reveló a Madre Teresa la profundidad de un anhelo infinito de Dios de amar y de ser amado. Ella siempre fue muy parca en las explicaciones sobre aquel encuentro; pero el grito de Jn 19, 28 se convirtió en el *leitmotiv* de toda su labor, y de la Congregación que ella fundó, las Misioneras de la Caridad.

Ella explicó con su vida y con su obra el significado y la profundidad de ese encuentro; y su comprensión de una sed que iba más allá de una necesidad

3 Cf. Madre Teresa, *Ven, sé mi luz: Las cartas privadas de la «Santa de Calcuta»*, ed. Brian Kolodiejchuk (Barcelona: Planeta, 2008), 47-59.

4 Cf. Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 60-77.

5 Carta al arzobispo Périer (1 de septiembre de 1959), en Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 47.

física. En ocasiones, también utilizó las palabras para explicar lo que significó su encuentro con *Tengo sed*, sobre todo en la formación de sus hermanas y en la elaboración de las constituciones de la Congregación:

«*Tengo sed*, dijo Jesús en la Cruz cuando fue privado de todo consuelo, muriendo en la Pobreza absoluta, abandonado, despreciado y roto en cuerpo y alma. El habló de su sed –no de agua– sino de amor»⁶.

La santa de Calcuta comprende que la sed de Jesús es sed infinita de amor: «hoy y siempre él está sediento de mi amor, él me anhela en mi alma»⁷. Además, encuentra la manera de saciar esa sed: descubre, que amar a Dios y amar al prójimo son un único y mismo amor; que Cristo sediento en la cruz, continúa sediento hoy en la eucaristía y en cada prójimo necesitado, especialmente en los más pobres de entre los pobres, en aquellos no amados, rechazados y excluidos por la sociedad.

Madre Teresa tomó muy en serio las palabras del juicio final que nos revela Mateo: *En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt,25, 40), palabras que ella enseñaba con los dedos de la mano (*A-mí-me-lo-hicisteis*) para inculcar a todos la sensibilidad y la necesidad de descubrir en los pobres la presencia de Dios. Ella tenía muy claro que cuidar a los más pobres es amar a Dios y que amar a Dios es saciar su sed. Su espiritualidad conecta perfectamente con la teología del dolor de Dios: el dolor de aquel que comparte la suerte de los abandonados y que sufre con los que sufren; pero, Teresa no conecta con esta teología como una conclusión, fruto de una reflexión teológica, sino como una experiencia vivida en primera persona. Así, sirviendo al cuerpo de Cristo en los pobres, Madre Teresa difundió el buen olor de la salvación, que ya ha llegado, y es como una luz que evangeliza, que anuncia la victoria de Cristo sobre la muerte, la posibilidad de vivir entregándose, en total donación de uno mismo, como el propio Cristo que, entregado por el Padre, se entrega también a sí mismo impulsado por el Espíritu.

El encuentro místico con Jesús crucificado y sediento parece adquirir su fuerza en la unión amorosa y el deseo de compartir el dolor y hacerlo suyo, tanto el dolor de Jesús, como el de los pobres, identificados ambos como un mismo y único dolor. Así nace lo que Madre Teresa llamará «la inspiración» o «la llamada dentro de la llamada». Jesús le pide a Teresa que abandone su congregación para dedicarse a servir a los más pobres de entre los pobres. Así lo explica ella:

6 Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 62.

7 J. Langford, *El fuego secreto de la Madre Teresa: la experiencia que cambió la vida de la Madre Teresa y que puede cambiar la tuya* (Barcelona: Planeta, 2009), 91.

«Desde septiembre de 1946, Dios Todopoderoso me llama para que me dedique totalmente a una pobreza completa, según el ejemplo del gran Santo de Asís y al servicio total de los Pobres en los barrios y callejuelas más miserables de la ciudad y en cualquier otro sitio, para cuidar a los enfermos y moribundos, para alejar del pecado y del mal a los niños pequeños de la calle, para ayudar a los mendigos y los hambrientos. Para poder realizar este tipo de trabajo, se necesita una vida de oración y abnegación: para acercarse a los más pobres entre los pobres uno debe convertirse en uno de ellos»⁸.

De esta manera, Teresa hizo suyos «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren»⁹, mostrando así, ser verdadera discípula-esposa de Cristo.

Para Madre Teresa ser pobre entre los pobres es mucho más que un compromiso, es expresión de amor, de ese mismo amor con el que Dios la ha amado a ella. Este amor la empuja continuamente a salir en busca de su esposo, presente en la persona de los pobres. La sed de Cristo en la cruz es el motor de esta nueva inspiración que se concretiza en la fundación de una nueva congregación: las Misioneras de la Caridad. Así, la misión de esta nueva familia religiosa será saciar la infinita sed de amor de Jesús. Pues, amar a Jesús significa saciar su sed, y Madre Teresa lo hará, por un lado, a través de la oración y la entrega personal y, por otro, sirviendo a Jesús a través de su presencia en los pobres.

En el Jesús sediento de amor en la cruz nos encontramos con la naturaleza humana del Verbo en su máxima expresión, el Hijo de Dios que en su kénosis revela su cercanía eterna hacia el hombre su creatura. Así, el absoluto se hace concreto, el «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía»¹⁰; el mismo Dios que «con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre... (el mismo Dios que) amó con corazón de hombre... (porque Cristo) que es imagen del Dios invisible es también el hombre perfecto»¹¹.

8 *Carta al prefecto de la Sagrada Congregación de religiosos en Roma* (7 de febrero de 1948), en Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 148.

9 GS, 1.

10 Concilio Vaticano II, «Constitución dogmática Dei verbum sobre la divina revelación», 18 de noviembre de 1965, 2, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651118_dei-verbum_sp.html.

11 GS, 22.

2. AMÓ CON CORAZÓN DE HOMBRE, GAUDIUM ET SPES

Los nuevos aires renovadores que el Espíritu Santo sopló en su Iglesia, durante el siglo XX, se vieron plasmados en el Concilio Vaticano II. Un concilio sobre la Iglesia que urgió a abandonar esa imagen de sociedad perfecta y jerarquizada, ostentadora de un doble poder humano y divino; la imagen de una institución que se pregonaba como el único medio posible de conexión entre el mundo y Dios. La Iglesia fue concebida durante muchos años como ese selecto grupo de elegidos (jerarquía, clero y religiosos), que se encontraba separado y por encima del pueblo formado por el resto de fieles; al tiempo, que expresaba su enfrentamiento con el resto del mundo, en el que se incluían los ateos, las personas de otras religiones y los cristianos de otras confesiones.

Pero la Iglesia era más que su expresión jerárquica y su gestión como sociedad. Años antes del concilio ya latía en ella un impulso imparable de apertura al mundo. En 1930 se ordenaba sacerdote el dominico Yves Congar; dos meses después de su ordenación escribió una oración que reflejaba con claridad su preocupación por la situación de la Iglesia y marcaría su trabajo teológico posterior que tanto influiría en el desarrollo del Vaticano II. Presentamos un extracto de dicha oración:

«¡Dios mío, ojalá tu Iglesia fuera más comprensiva, más estimulante! ¡Dios mío, tu Iglesia es tan latina, está tan centralizada!... ¡Dios mío!, que quisiste que tu Iglesia, ya desde su cuna, hablara todas las lenguas para que la verdad fuera inteligible a todos los oídos humanos. ¡Dios mío, ensancha nuestros corazones! ¡Haz que los hombres nos comprendan y que también nosotros comprendamos a todos los hombres!... ¿Por qué, Dios mío, tu Iglesia, que es santa y única, santa y verdadera, tiene a menudo un rostro austero y ceñudo, cuando en realidad está colmada de juventud y de vida? En realidad, el rostro de la Iglesia somos nosotros; nosotros somos los que hacemos su visibilidad. Concede, Dios mío, a tu Iglesia un rostro auténticamente vivo... ¡Cuánto trabajo hay, Dios mío!»¹².

El lamento de Congar no era algo aislado, sino un clamor sordo que se extendía por el mundo y que, sin duda, sería escuchado por Dios que iba suscitando carismas y actitudes que propiciaron la renovación de la Iglesia. Mientras Yves

12 Y. Congar, «Oración», ser fraile dominico, 17 de septiembre de 1930, <https://ser.dominicos.org/blog/antes-que-nosotros/yves-congar-y-la-unidad-de-los-cristianos/>.

Congar escribía esta oración, Madre Teresa ya vivía su segundo año en Calcuta rodeada de personas de distintas religiones, cuya existencia cotidiana consistía en sobrevivir a duras penas en medio de la miseria. La hermana Teresa pronto se convirtió para aquella alejada sociedad en el verdadero rostro de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II no nació con la intención de dar respuesta a ninguna controversia teológica, trinitaria o cristológica, como ocurrió con los grandes concilios de la antigüedad; tampoco fue un intento defensivo y apologético frente a supuestas amenazas externas para la Iglesia, como ocurrió con Trento y el Vaticano I. El gran concilio del siglo XX pretendía ser una profunda reflexión sobre la Iglesia: sobre su razón de ser, sobre el camino a recorrer y la manera de hacerlo, y sobre su misión. Esta reflexión se hacía imprescindible para comprender la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo.

Es posible que algunos padres conciliares no tuvieran claras las pretensiones de Juan XXIII cuando convocó el concilio, pero su sucesor Pablo VI sí comprendió perfectamente su compromiso en esta tarea, hecho que se pone de manifiesto en su alocución en la apertura de la segunda sesión del concilio en septiembre de 1963:

«¿De dónde arranca vuestro viaje? ¿Qué ruta pretende recorrer? ¿y qué meta hermanos deberá fijarse nuestro itinerario...? Estas tres preguntas sencillísimas y capitales tienen, como bien sabemos, una sola respuesta, que aquí, en esta hora, debemos darnos a nosotros mismos y anunciarla al mundo que nos rodea: ¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo, nuestra vida y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término»¹³.

El giro cristocéntrico del magisterio en el concilio es definitivo: solo desde el misterio de Cristo se pueden afrontar los grandes desafíos que se presentan a una Iglesia que pretende abrirse al mundo, a una Iglesia que quiere convertirse en contemporánea de los hombres de su tiempo. Esta es la Iglesia que propone el Vaticano II, aquella que hace suyos «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de (su) tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren»¹⁴.

13 Pablo VI, «Discurso de apertura de la Segunda Sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II», 29 de septiembre de 1963, https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/speeches/1963/documents/hf_p-vi_spe_19630929_concilio-vaticano-ii.html.

14 GS, 1.

En esta línea, a poco de la finalización del concilio, el papa Pablo VI señalaba el compromiso ineludible que la Iglesia necesitaba asumir: «apenas terminado el segundo Concilio Vaticano, una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico obliga a la Iglesia a ponerse al servicio de los hombres»¹⁵. Una Iglesia al servicio supone una vuelta decidida al Evangelio, una mirada a Cristo, al Hijo del hombre que *no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos* (Mt, 20, 28).

Y esta es “la Iglesia en salida” que el papa Francisco no cesa de pedir una y otra vez: «La Iglesia o es “en salida” o no es Iglesia, o está en camino, ampliando siempre su espacio para que todos puedan entrar, o no es Iglesia... La Iglesia está «llamada a ser siempre la casa abierta del Padre»¹⁶. Para Francisco, “la Iglesia en salida” es tanto aquella que sale de sí misma, como la que acoge, la que abre sus puertas, la que comparte, la que acompaña, la que sabe escuchar, la que no rechaza a nadie, la que puede hacer suyo todo lo humano, porque en ella vive el misterio del Dios que se ha hecho hombre, el gran misterio de unidad entre lo divino y lo humano.

Por ello, creemos que, aunque el documento principal del Concilio Vaticano II es la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, el corazón del concilio late de manera especial en el capítulo primero¹⁷ de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*. Este capítulo, que trata sobre la dignidad de la persona humana, parte del hombre creado por Dios a su imagen y semejanza, y culmina en Jesucristo, “el hombre perfecto”.

Es al final de este capítulo primero, concretamente en el segundo párrafo de GS 22, donde se produce, a nuestro entender, ese latido primario y central del corazón del concilio el latido del corazón de Cristo:

«Él que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto... El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, *con todo hombre*. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, *amó con corazón de hombre*. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado».

15 Pablo VI, «Carta Encíclica *Populorum Progressio*, sobre la necesidad de promover el progreso de los pueblos», 26 de marzo de 1967, 1, https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.html.

16 Francisco, «Audiencia general», 23 de octubre de 2019, https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2019/documents/papa-francesco_20191023_udienza-generale.html.

17 Cf. GS, 12-22.

En este párrafo se condensa el cristocentrismo que impregna todo el Concilio Vaticano II. Este latido del corazón de Cristo se expresa con los dos movimientos cardíacos característicos:

- Un movimiento de dilatación (diástole) con el que el Cristo atrae a todos los hombres hacia sí haciéndose uno con ellos, especialmente con los pobres. Este movimiento se concentra en la expresión: “cum omni homine” (con todo hombre);
- Y otro movimiento de contracción (sístole), con el cual, Cristo difunde para toda la humanidad el amor de Dios, el amor con que el Padre lo amó; lo encontramos en la frase: “humano corde dilexit” (amó con corazón de hombre).

Jesucristo es el “hombre perfecto” que nunca ha dejado de ser Dios y, sin embargo, «con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre»¹⁸. No fue fácil para los padres conciliares llegar a un acuerdo con la expresión: “cum omni homine”¹⁹; si hablar de la unión de Dios con el hombre ya daba ocasión a alguna que otra reticencia, referir esta unión a todo el género humano lo complicaba todo. Era posible admitir que Dios se uniera a personas muy santas e impecables, pero, siempre fue difícil reconocer a un Dios tan cercano a aquellos que no lo merecen: pecadores, publicanos, extranjeros, enfermos... Sin duda, la agregación de la expresión “quodammodo” (en cierto modo), fue decisiva para aceptar la unión del Hijo de Dios con todo hombre; pero, además, “quodammodo” nos permitía permanecer en el necesario ámbito del Misterio de Dios.

El giro cristocéntrico supone el reencuentro con el Dios cercano; y la expresión máxima de su cercanía la encontramos en ese «amó con corazón de hombre»; el Dios que «habla a los hombres como amigos»²⁰, se ha hecho, en la persona de Cristo, uno de nosotros hasta el punto de trabajar, pensar y obrar, con manos, inteligencia y voluntad humanas; y, admirablemente, la cercanía de Dios fue más allá: el Dios que es Amor, nos ha amado en la persona de Cristo con un corazón humano. El concilio nos presenta así la absoluta singularidad

18 GS, 22.

19 Cf. F. Castro, «Cristo y cada hombre: hermenéutica y recepción en la antropología teológica del principio de solidaridad del Verbo encarnado con cada ser humano (GS 22)» (Roma, Pontificia Universidad Gregoriana, 2010), 119-21, https://www.academia.edu/12484672/Cristo_y_cada_hombre.

20 Concilio Vaticano II, «Constitución dogmática Dei verbum sobre la divina revelación», 2.

del cristianismo: una relación de Dios con el hombre que no tiene parangón con ninguna otra religión ni filosofía. Con estas palabras lo expresó Pablo VI:

“la religión de Jesús... sitúa objetivamente al hombre en relación con el plan de Dios, con su presencia viva, con su acción; hace hallar de nuevo el misterio de la Paternidad divina que sale al encuentro de la humanidad. En otras palabras, nuestra religión instauro efectivamente una relación auténtica y viviente con Dios”²¹.

Esta paradoja, de un “amor humano” de Dios hacia el hombre, nos convierte en “capaces de Dios”; el hecho de que Dios nos haya amado con corazón de hombre significa que el hombre es capaz de amar a Dios como Él mismo nos ha amado, por eso el mandamiento nuevo ya no es una frase vacía de concepto por la supuesta imposibilidad para el hombre de amar como Dios ama. El hombre, creado por Dios para amar y ser amado, encuentra en el Verbo encarnado el sentido y la plenitud de su existencia: el Amor.

Más allá de los neo-nestorianismos contemporáneos, que tienden a separar las dos naturalezas de Jesucristo, el concilio vuelve a unir humanidad y divinidad en la única persona divina del Verbo. Esta *unión hipostática* de lo humano y lo divino, lejos de ser un hecho aislado en el tiempo, nos revela quién y cómo es Dios, nos descubre a ese Dios de San Juan: *Dios es amor*.

Además, conviene resaltar que ese «amó con corazón humano», no solo nos revela la condescendencia de un Dios que «ha caminado el camino infinitamente largo que va de ser Dios a hacerse hombre»²²; de algún modo, amar con corazón humano supone no solo el amor de entrega (*agapé*), sino también el anhelo y la necesidad de ser amado (*eros*)²³, pues recordemos que la vocación y la plenitud de la existencia humana está en el amor, tanto por la necesidad de amar, como por la de ser amado. En este sentido, el grito de Jesús en la cruz, que transformó la vida de Madre Teresa: *Tengo sed*, se debe de comprender como expresión sublime de este amor que anhela ser amado.

Por esta razón, el amor humano del corazón de Teresa de Calcuta era capaz de saciar la infinita sed de amor del crucificado. La Madre Teresa, agachándo-

21 Pablo VI, «Exhortación apostólica Evangelii nuntiandi acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo», 8 de diciembre de 1975, 53, https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html.

22 S. Kierkegaard, *Ejercitación del cristianismo* (Madrid: Trotta, 2009), 43.

23 Cf. Benedicto XVI, «Carta encíclica *Deus caritas est* sobre el amor cristiano», 25 de diciembre de 2005, 1-18, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html.

se para recoger del suelo y cuidar a los moribundos abandonados de las calles de Calcuta, restauraba su dignidad con un amor en acción que es servicio; al tiempo que, de esta manera, saciaba el corazón sediento de amor de su esposo Jesús. Madre Teresa se convirtió en portadora del amor que había recibido de Cristo crucificado llevándolo en medio de los más pobres, de aquellos no amados y no deseados; haciendo esto amaba a Dios en la persona de su Hijo, haciendo de los dos mandamientos: el del amor a Dios y el del amor al prójimo, un solo mandamiento.

«Tengo sed», dijo Jesús en la Cruz cuando fue privado de todo consuelo, muriendo en la Pobreza absoluta, abandonado, despreciado y roto en cuerpo y alma. Él habló de Su sed—no de agua—sino de amor, de sacrificio. Jesús es Dios: por tanto, Su amor, Su sed es infinita. Nuestro objetivo es saciar esta sed infinita de un Dios hecho hombre. Así... las Hermanas, utilizando los cuatro votos de Pobreza Absoluta, Castidad, Obediencia y Caridad hacia los pobres, sacian incesantemente a Dios sediento»²⁴.

3. AMOR A DIOS Y AMOR AL PRÓJIMO

Cristo es la nueva Alianza, el nuevo mandato de amor, la palabra hecha carne que el pueblo necesita escuchar. Palabra en la que se cumple la profecía de Ezequiel: *Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne* (Ez 36, 26). Cristo es el corazón nuevo, la nueva Alianza no de piedra, sino de carne capaz de amar, la puerta que se abre a una nueva relación con el amor apasionado de Dios.

En el cuarto Evangelio y en su primera Carta, el apóstol Juan presenta un verdadero desarrollo teológico de la manifestación amorosa de la Trinidad. Un amor trinitario que se derrama a los discípulos a través del nuevo corazón de carne de Jesús, que *los amó hasta el extremo* (Jn 13, 1). Y en este amor extremo, se sitúa el contexto de la última cena, donde se desarrolla el gran discurso que revela la naturaleza esencial del amor trinitario y su apertura al hombre: *Con el amor con que (kathos²⁵) el Padre me ha amado, yo también os he amado a vosotros* (15, 9). Cristo, la segunda persona de la Trinidad, ha amado a los hom-

24 Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 62.

25 *Kathos*, no indica comparación «como», sino que hace referencia a producción, causa. Cf: Xavier LEON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan: volumen III: Jn 13-17* (Salamanca: Sígueme, 1995), 142-43.

bres, con el mismo amor con que se aman Padre-Hijo en la Trinidad. El amor extremo de Jesús es pura expresión del amor de Dios hacia la humanidad²⁶.

Cristo pide una respuesta clara a su amor: por un lado, *permaneced en mi amor, como Él permanece en el amor del Padre* (Jn 15, 10); y, por otro, esta permanencia en el amor se consigue escuchando, guardando sus mandatos, resumidos en el mandamiento nuevo: *Que os améis los unos a los otros con el amor con que yo os he amado* (15, 12). Es el clásico desarrollo circular de los temas teológicos en el Evangelio de Juan, el amor va del Padre al Hijo, del Hijo al hombre y del hombre a sus hermanos, y de nuevo, el amor vuelve a Dios, porque el amor a los hermanos se convierte automáticamente en amor a Dios. El amor a Dios y el amor al prójimo se condicionan mutuamente, de ahí el mandamiento nuevo. El auténtico amor al prójimo es ya amor a Dios que, previamente, nace del amor que Dios nos ha tenido en su Hijo²⁷.

Esta paradoja del encuentro entre el amor divino y humano adquiere sentido en la unidad Trinidad-hombre, que Juan explica en el capítulo 17 en la oración de Jesús al Padre:

No ruego solo por estos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí... para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí (Jn 17, 22-23).

El dinamismo del amor, que llega a los hombres desde Dios en Cristo, pide seguir moviéndose: *Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros* (4, 11). Aparece el mandamiento del amor a los hermanos, no como un amor diferente al de Dios, sino como el mismo amor, y así lo indica el versículo siguiente: *A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud* (4, 12). Esto es, en el amor a los hermanos ¡está el mismo Dios! De tal manera, que ese amor fraterno del cual se podría pensar que es distinto del amor divino, es en realidad un único y mismo amor, es la plenitud del amor: *Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él* (4, 16).

26 Cf. Jean Galot, *El Cristo de nuestro tiempo*, 1ª Ed, Cuadernos BAC, 28 (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos BAC, 1979), 13.

27 Cf. Karl Rahner, *Amar a Jesús, amar al hermano* (Santander: Sal Terrae, 1983), 92-100.

La unidad en el amor propuesta por el apóstol Juan, el «mandamiento nuevo», tiene un paralelo singular en los sinópticos. A la pregunta por el mandamiento mayor o principal, Jesús responde uniendo el amor a Dios y el amor al prójimo²⁸:

- En Marcos la respuesta conlleva dos mandamientos: el primero es amor a Dios y el segundo, amor al prójimo.
- En Mateo el segundo mandamiento queda igualado al primero con la utilización del adjetivo *omoia* (igual, lo mismo), equiparando en rango los dos preceptos que abarcan toda la Ley²⁹: *De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas* (Mt 22, 40).
- En Lucas hay un cambio: es Jesús quien, respondiendo a la pregunta del doctor de la ley: ¿Qué he de hacer para alcanzar a heredar vida eterna? (Lc 10, 25), formula otra pregunta: ¿Qué está escrito en la ley? Y es el doctor de la ley quien responde acertadamente uniendo los dos mandatos del amor, como atestigua el mismo Jesús: *Bien has respondido. Haz eso y vivirás* (10, 28).

A partir de ese momento, en el Evangelio de Lucas surge una cuestión trascendental: ¿Quién es mi prójimo? Y, como respuesta Jesús propone la llamada parábola del buen samaritano (Lc 10, 30-37). La interpretación alegórica clásica de este relato, desde la patristica hasta el siglo XIX, y aún hoy utilizada, ha quedado bastante desencaminada³⁰. Esta interpretación utilizaba el verbo *splagchnizomai* (movido a compasión), como palabra clave para identificar al buen samaritano con la persona de Jesús. Este verbo que proviene de *splagchn* (entrañas, corazón) expresa el anhelo entrañable de Dios, la misericordia divina como atributo de Dios concretado explícitamente en Jesús³¹, como el buen samaritano que acoge con misericordia a los necesitados.

No obstante, Fitzmyer nos propone una interpretación más coherente con el texto, la de un relato real (posible), un ejemplo que no requiere una interpretación excesivamente alegórica: prójimo es todo necesitado que encontramos en nuestro camino, más allá de su estatus, raza o religión; él debe ser el objeto de nuestra compasión y es entonces cuando nosotros nos hacemos prójimos

28 Mt 22, 36-40; Mc 12, 28-34 y Lc 10, 25-29.

29 Cf. Ulrich Luz, *El evangelio según San Mateo*, vol. III (Salamanca: Sígueme, 2003), 366.

30 Cf. Joseph Fitzmyer, *El Evangelio según Lucas*, vol. III (Madrid: Cristiandad, 1987), 279-81.

31 Cf. N. WALTER, «Splagchnizomai» y «Splagchn», en H. BALZ-G. SCHNEIDER (eds.), *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*, II, Salamanca 1998, 1468-1473.

de él. Cuando el doctor de la ley reconoce al samaritano (aún sin nombrarlo de manera expresa) como prójimo, Jesús le invita: *Vete y haz tú lo mismo* (10, 37), es decir, *ama a tu prójimo*. El buen samaritano es todo aquel que se mueve a compasión (*splagchnizomai*); esa compasión que nace de las entrañas es el principio del amor, es decir, la que pone el amor en acción como movimiento que se dirige a la persona necesitada. Porque el amor al prójimo es un amor de acción, de obras³²: *Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras* (1Jn 3, 18).

Y, ¿quién es el hombre maltratado a quien atiende el samaritano? Son varios los datos que invitan a identificarlo con Cristo³³, especialmente si tenemos en cuenta que Él está realmente presente en cada prójimo necesitado, abandonado y sediento, como explica la parábola del juicio final en *Mateo*: *En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25, 40). De esta manera, Jesús eligió identificarse a sí mismo con los pobres y con todos los que sufren, convirtiendo el servicio a los pobres en amor a Dios.

El buen samaritano cumple en una misma acción el mandato de amor al prójimo y el de amor a Dios, porque amar al prójimo es amar a Dios en la persona de Cristo presente en cada necesitado, *a mí me lo hicisteis*. Más allá, el buen samaritano es el que cumple el mandamiento nuevo *que os améis los unos a los otros con el amor con que yo os he amado* (Jn 15, 12), ya que ama, como ama Dios, movido a compasión desde las entrañas, con la misericordia con la que Dios nos ha amado en el Hijo encarnado. Esto es lo que hizo la santa de Calcuta, convirtiéndose en uno de tantos samaritanos de nuestro tiempo.

«Madre Teresa comprendió la profundidad de la identificación de Jesús con cada uno de los que sufren y comprendió la conexión mística entre los sufrimientos de Cristo y los sufrimientos de los pobres»³⁴.

32 Cf. Alois Stöger, *El Evangelio según San Lucas*, vol. I (Barcelona: Herder, 1975), 310-12.

33 Es el Logos encarnado que se hace hombre, que baja del cielo: *Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó* (Lc 10, 30); es el despojado y maltratado hasta la muerte en la cruz; es el abandonado incluso por sus discípulos que se dispersaron, pero atendido por unos pocos; es el ungido con aceite y perfume; el que es bajado de la cruz, envuelto en una sábana y colocado en el sepulcro que es la posada.

34 Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, 65.

CONCLUSIÓN

Como nos explicaba Benedicto XVI, «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona»³⁵. El encuentro con Cristo es pura iniciativa libre de Dios indiscutiblemente, pero es encuentro de amor y, por tanto, está mediado por esas características especiales que incumben a los enamorados. Lo que marca el desarrollo de un «encuentro de amor», no son las condiciones ni el acuerdo; ni siquiera una decisión razonada que valora pros y contras, que mide posibilidades o que recela de posibles fracasos; tampoco se trata de costumbres o gustos, ni de tendencias o decisiones éticas. Sino de amor, «por puro amor» dice la escritura.

El amor es entrega. Al hablar de Jesucristo que se entrega por nosotros, hablamos de cómo es Dios y de qué manera ama al hombre. Esta entrega del Hijo no resulta un hecho aislado que rompe con lo ocurrido con anterioridad en la historia de Israel; pues la historia de la encarnación y de la cruz ya está latente en la Sagrada Escritura veterotestamentaria, y llega a su culminación en Jesucristo. Se trata del amor apasionado de Dios presente en toda la Historia de Salvación que conforma una relación de tensión, llena de dolores y alegrías, de encuentros y abandonos. Una historia en la que Dios siempre se mantiene fiel y comprometido con su ser amor.

Dios siempre ha estado cerca, siempre esperando y siempre cargado de anhelo y de deseo de amarnos y de ser amado por nosotros. La Historia de Salvación que nos cuenta la Sagrada Escritura es solo una parte de la historia que va más allá; Dios continúa propiciando su encuentro personal con los hombres de todos los tiempos, como lo ha hecho en la vida de Madre Teresa. El testimonio de esta mujer del siglo XX, a través de sus obras de amor, da cuenta de lo que el Concilio Vaticano II nos ha contado sobre el fundamento, el camino y la misión de la Iglesia.

35 Benedicto XVI, «Deus caritas est», 1.